

CAPÍTULO II

Pretension difícil alcanzada. — Profetiza el P. Francisco Retz la extincion de la Compañía. — Decrétase la ruina de esta en Roma y en Londres. — Vaticinio del P. Ignacio Güell. — José Pignatelli en el colegio de Zaragoza. — Da ejemplos de rara virtud y muestras de agudo ingenio. — El jóven Pignatelli congregante de María. — Siéntese llamado á la Compañía de Jesús. — Su devocion á los santos Francisco de Borja y Luis Gonzaga. — El P. Francisco Rávago y la masonería en España. — Entrada de José Doz en la Compañía. — Sentimientos de Pignatelli. — Pónese á prueba su vocacion. — Ocúpasele en ejercicios de caridad y humildad. — Otras pruebas. — Es admitido en la Compañía. — Despídese del Arzobispo de Zaragoza.

1749 — 1753

Vuelto José á España en compañía de su hermanito Nicolás, se trató de aplicar á los dos hermanos al estudio de las letras, con el cual se abriesen paso á una lucida carrera, cual correspondía al decoro y lustre de su noble alcurnia. Existía en Zaragoza colegio de la Compañía; y los parientes de los niños Pignatelli desearon confiar á los Padres de ella la instruccion y educacion de los hermanitos del conde de Fuentes. En esto concurrió una circunstancia que merece especial atencion.

Pretendió el conde D. Joaquin que á sus dos hermanos menores se los admitiese á vivir en el mismo colegio en compañía de los Padres que en él moraban. Este deseo pareció tanto más extraño, cuanto que á poca distancia de Zaragoza estaba el seminario

de nobles de Calatayud con colegiales internos, á donde podían ser enviados los niños Pignatelli, para que juntamente con otros jóvenes de su posición social pudieran educarse bajo la dirección de los Padres: por lo demás en los colegios donde no había seminario, ni era costumbre admitir pensionistas seculares, ni había local ni personal destinado para tales huéspedes, ni era conveniente abrir la puerta á semejantes pretensiones, con cuyo ejemplo se pudieran mover otras familias á exigencias de este género, que no sería posible satisfacer.

Negáronse, pues, los Superiores, tanto el local de Zaragoza, como el Provincial de Aragon, alegando que tal privilegio estaba fuera del círculo de sus ordinarias facultades. Persistían D. Joaquín y los demás parientes en su pretension; y resolvióse proponer este caso tan excepcional al Superior de toda la Compañía, á fin de que resolviese él lo que en este punto debía hacerse. Qué causas motivasen este empeño de los encargados de José, no lo encuentro consignado en los escritores de su vida; como tampoco son manifiestas las que asistieron al P. General para otorgarles lo que pedían, y admitir en el colegio de Zaragoza, contra lo que se acostumbraba, á los dos hermanos Pignatelli.

Si he de decir lo que siento, abrigo mis sospechas de que en este raro suceso se echan de ver algunos indicios del plan de la Providencia sobre nuestro Venerable. Gobernaba en aquella sazón la universal Compañía el P. Francisco Retz (1730-1750). Este Padre estuvo dotado del don de profecía; y precisamente por este tiempo acababa de manifestarle Dios Nuestro Señor la suerte futura de la Compañía, los peligros y calamidades que la amenazaban, el triunfo que había de reportar de sus adversarios, y las personas (una por lo menos) que habían de ser testigos y víctimas en la desgracia y gran parte en la victoria. La cosa pasó de la manera que voy á decir.

Era el año de 1747, el tercero ántes de la muerte del Padre Retz. En cierta ocasión fue el P. General con su compañero, el H. Alberti, al noviciado de San Andrés en Roma: estando allí, se vuelve al Hermano, y le dice que Dios le había dado á cono-

cer que muerto él, le sucedería en el generalato un milanés, luego un genovés, y por último un florentino, y que este sería el postrer General por mucho tiempo. «Porque,» añadió, «ha de venir una persecucion tan grande sobre la Compañía, que perderá esta todo cuanto posee, y quedará reducida á un ángulo de la tierra; pero al cabo de muchos años volverá á restablecerse; y el primer Superior en Roma vendrá del Norte, pero durará poco: y este es ahora novicio en esta casa¹.»

Es digna de especial atención la circunstancia del tiempo, en que tuvo lugar esta profecía del P. Retz: pues fue el mismo en que los enemigos de la Iglesia en la misma ciudad de Roma se habían juntado para concertar el plan de ataque contra la Cátedra de Pedro. Oigamos al P. Olcina², el cual refiriéndose á los años que precedieron á la expulsion de España, escribe lo siguiente³: «Corrían por este tiempo en España ciertos libritos, aunque muy de embozo y de tapadillo.....; y eran varios los jesuitas españoles que habían tenido la dicha de leer esta obrita impresa en lengua italiana. En ella con mucha erudición y buen

¹ De la verdad de esta profecía da testimonio el P. Boero por estas palabras: «Tengo á la vista,» dice, «la relacion autógrafa del mismo P. Panizzoni (que era el novicio á quien se refirió el P. Retz); quien, habiendo oído esta prediccion de boca del H. Alberti, y visto morir después uno tras otro á todos aquellos sus antiguos connovicios, tuvo por muy cierto, que él era el que tenía que sobrevivir al restablecimiento de la Compañía.» Cómo se verificó este vaticinio en todas sus partes, se verá en el decurso de esta historia. Divulgóse luego por Italia: pues en 1773, entre las muchas predicciones con que los jesuitas recién extinguidos alentaban sus esperanzas de restablecimiento, cita esta del P. Retz el P. Luengo, en su *Diario*, Tomo 7.º, parte 2.ª, página 149; y dos años ántes del restablecimiento, cuando ninguna esperanza había de él, escribía el citado autor, (11 de Junio de 1812): «Si Panizzoni, de 83 años de edad, ha de ser el jesuita restaurador de la Compañía de Jesús en Roma, poco puede tardar en verse este gran suceso; y los que no somos tan viejos como él podemos esperar verle.» (*Diario*, Tomo 46, pág. 511). Y efectivamente lo vio.

² Nació el P. Vicente Olcina en Gorga (reino de Valencia) en 29 Noviembre de 1731: entró en la Compañía el 9 de Octubre de 1747: murió en Roma en 1809.

³ *Relacion festiva*, ms., Preámbulo, fol. 3.

estilo se daba noticia de un conciliábulo tenido en Roma el año 1747, en el cual los enemigos mortales de la Compañía determinaron echar todo el resto para extinguirla de un golpe en todo el mundo; porque la experiencia les enseñaba que no podían vivir en paz ni conseguir sus diabólicas miras de arruinar enteramente la religion católica y toda soberanía (*nótese bien*), mientras en el mundo hubiese jesuítas. Dieron luégo parte de esta infernal resolucion, y de los medios que habían de practicarse para lograr indefectiblemente sus intentos, á muchos de la faccion, que estaban esparcidos por toda la Europa y ocupando algunos de ellos los más elevados empleos en las cortes, para que todos á una y obrando con sistema, contribuyesen para llevar felizmente al cabo tan ardua como sacrilega empresa.» Hasta aquí el P. Olcina.

No solamente en Roma se conspiraba contra la Iglesia y la Compañía, sino tambien en Londres. Así se dice terminantemente en una carta, fechada en Lisboa á 23 de Setiembre de 1761¹, por estas palabras: «Ya sabe V. S. mi veracidad, mi desinterés y mi independecia, que, como nada pretendo, nada temo; ni á los jesuítas les debo sino la doctrina y la gramática que me enseñaron: y aunque pudiera temer malas resultas de decir mi sentir lisa y llanamente en esta carta, va con persona tan segura como V. S. verá al entregarla. En esta suposicion diré claramente mi sentir en este punto.»

Aquí entra el autor á hablar del proceso del P. Malagrida, de la Inquisicion de Portugal, y de las persecuciones contra la Compañía en toda Europa, con tal exactitud y conocimiento de causa, que cualquiera diría que tuvo parte en ella; y hacia el fin de la carta dice así: «En el año de 1747 se fraguó en Londres, oficina á propósito para el asunto, un proyecto para destruir del todo la Religion Católica, sin reparar en que no prevalecerán

¹ El original de esta carta, sin nombre de autor, ó al menos una copia antigua de ella, existe en el archivo de Loyola. La copia que tengo á la vista, me la ha proporcionado el P. Eugenio de Uriarte S. J.

contra ella todas las puertas del infierno; añadiéndose que no era esto posible sin arruinar antes la Compañía. Para esto aplicaron los medios: uno de ellos era poner mal á los jesuítas con los Principes eclesiásticos y seculares usando de todas las artes posibles. Presentóse todo al Parlamento de París, quien lo aprobó como muy justificado, encargándose muchos de la ejecucion, sin haber dejado, como se dice, piedra por mover para el asunto. Pusieron multiplicadas las minas en Roma, Viena, Madrid, París, Lisboa, etc.: algunas les han evaporado, conocida la malicia y malignidad de la pólvora; pero otras han dado lumbre. Los que más han cooperado son los Jansenistas, ó Calvinistas mitigados, que han revuelto el mundo, no perdonando á industrias ni á gastos para salir con la idea, llevando adelante la falsedad, la ira de Pascal, Arnaude, Saint Cyran y de otros semejantes; de modo que se afirma constantemente en París que si los jesuítas se hicieran Jansenistas, por no ser lo que ellos, se harían estos católicos. Háganlo así: alléguese los Jansenistas á la Silla de San Pedro, y los jesuítas los abrazarán y admitirán con todos los católicos.» Todo esto se lee en el escrito mencionado.

Pero la divina Providencia velaba sobre la víctima designada por la impiedad como blanco de sus primeros tiros, descubriendo las futuras calamidades á los hijos de la Compañía, á fin de que prevenidos, se apercibiesen á sufrir con heroica paciencia el rudo golpe que les amenazaba. Y no solamente al Superior de toda la Compañía manifestó el cielo la tempestad que contra ella se fraguaba en los antros tenebrosos donde se congregaban sus enemigos, sino tambien á algunos de los individuos particulares que más resplandecían en virtud y santidad. Uno de estos fue el P. Ignacio Güell¹, residente en el colegio de Lérida, como refiere el P. Olcina en el lugar poco ha citado. Tuvo el P. Güell oculta su revelacion á los compañeros con quienes vivía, y sola-

¹ Nació el P. Güell en Abril de 1691: entró en la Compañía en Octubre de 1717: murió á los 27 de Diciembre de 1757.

mente al P. General Francisco Retz la comunicó, y por él vino á descubrirse y conocerse en España con la ocasion que aquí diré.

Cuando recibió el P. Retz la carta del P. Güell, hallábase en Roma enseñando teología el P. Ignacio Osorio, al cual dio á leer el P. Retz la carta recibida de España confirmativa de la revelacion que él mismo había tenido de la próxima suerte de su religion. Cuatro años estuvo en Roma el P. Osorio; al cabo de los cuales volvió á su provincia de Castilla. De paso para ella quiso ver y conocer al P. Güell, que residía aún en el colegio de Lérida; y aquí divulgó lo que este Padre había comunicado al P. General. Como desde entonces ya no pudo el P. Güell tener oculto su secreto, lo descubrió á muchos, entre ellos al insigne traductor de Herodoto, el P. Bartolomé Pou¹, con quien trató varias veces de este asunto, y en una de ellas le dijo «que era tan deshecha la persecucion que amenazaba á la Compañía, que esta casi se desharia toda como la sal en el agua; pero que después volvería á su antiguo y primitivo estado².» Al H. Carlos Bartrolí dijo que «la Compañía de Jesús, que entonces era como un sol que iluminaba á todo el mundo llenándole de sus resplandores, dentro de poco vendría á reducirse á una pequeña luz puesta debajo del celemin y confinada en un ángulo del mundo, de manera que apenas se vería³.»

Pero á quien más circunstanciadamente descubrió los primeros pasos de aquella desgracia, fue al H. José Tulla⁴. «Vendrá tiempo,» le dijo, «en que un triste soldadillo los haga temblar á todos [los jesuitas]. Primero saldrán desterrados de Portugal;

¹ Fue natural de Algaida en Mallorca: nació en 22 de Junio de 1727: entró en la Compañía el 21 de Enero de 1746: murió en Palma de Mallorca en 1802.

² P. OLCINA, lugar citado.

³ P. OLCINA, lug. cit. — El H. Bartrolí nació en Tarragona á los 14 de Diciembre de 1693: entró en la Compañía á 16 de Febrero de 1718, y murió en Ferrara á los 27 de Junio de 1777.

⁴ El H. Tulla nació en 12 de Julio de 1698: entró en la Compañía en 24 de Abril de 1730: murió en Ferrara el 12 de Mayo de 1777.

después los destruirá la Francia; y poco después serán desterrados de todos los dominios de España. El Hermano verá todo esto; pero yo no, porque me moriré antes.» Hasta aquí el Padre Güell, como refiere el P. Olcina, el cual añade: «Todas estas cosas dijo con luz del cielo el P. Güell veinte y uno ó veinte y dos años antes de 1767,» (esto es, en 1745 ó 1746)..... y esta profecía se divulgó tanto por nuestra Provincia de Aragon, que apenas había en ella sujeto que no la hubiese oído referir varias veces, pero sin creerla ninguna.»

En vista de estas predicciones, ¿sería temeridad el creer que así como Dios manifestó tan de antemano al P. Retz la persona que había de ser por breve tiempo el primer Superior de la Compañía en Roma en el día de su triunfo, le descubriese tambien aquella otra persona que por el mismo Señor «fue dada para bien, salud y preservacion de la Compañía» al verse «oprimida por tan graves calamidades;» aquel varon insigne «que fue providencialmente conservado hasta la ancianidad para transmitir fácilmente á los que habían de seguirle, la primitiva observancia de la disciplina doméstica;» aquel hombre finalmente, «que fue muy semejante al fundador de la Compañía de Jesús, San Ignacio de Loyola,» y «que heredó el espíritu del Santo?»

Este hombre singular, á quien tan raros elogios se tributan en el decreto de introduccion de la causa de beatificacion, es José Pignatelli, hermano del conde de Fuentes D. Joaquin, que á la edad de doce años por especial dispensacion de la divina Providencia es admitido á vivir en el seno de una casa de la Compañía: aquí beberá, siendo aún niño, aquel espíritu de San Ignacio, en el cual arraigado y fortalecido, descollará más adelante entre sus compañeros y entre ellos sobresaldrá, y puro y vigoroso lo transmitirá como en herencia á la nueva Compañía.

Tales parecen haber sido los designios del cielo al inspirar al P. General Retz que accediera benignamente á las reiteradas súplicas de los parientes de los jóvenes Pignatelli, concediéndoles que pudieran vivir y educarse en el colegio de Zaragoza. Veamos cómo se aprovechó de tal gracia nuestro José. Fueles

designado para que cuidara exclusivamente de él y de Nicolás y los dirigiese en los estudios el P. José Moreno¹, «hombre adornado de todas aquellas dotes, que para tan delicado empleo se requerían,» como escribe el P. Monzon². Halló el maestro en su discípulo José no un jovencito de pocos años, sino más bien un hombre ya maduro. Era en efecto José grave, parco y reservado en el hablar, de agudo y penetrante ingenio, tan deseoso de adelantar en el estudio como devoto y recogido en los ejercicios de piedad: en su exterior compuesto y moderado, respetuoso con los mayores, comedido con los iguales, accesible á los inferiores; cualidades que le conciliaron las simpatías y la veneracion de cuantos le conocieron y trataron.

Una de las devociones que desde niño tuvo D. José fue á Nuestra Señora del Buen Consejo. El P. Nicolás Sorrentino, que fue novicio en Nápoles en 1805 y tuvo especialísimo cuidado de recoger de los antiguos Padres españoles cuantas noticias del Venerable pudo, aseguró en el proceso de Nápoles³, que el P. Pignatelli desde el principio de su vida hasta el fin de ella profesó muy tierna devocion á la Virgen Santísima bajo la advocacion y título del Buen Consejo, y que todos los beneficios que del cielo recibía, los reputaba alcanzados por la intercesion de la Virgen del Buen Consejo.»

Refiriéndose á este tiempo el Padre Doz, cuyo testimonio hemos aducido poco ha, escribe: «En los días de fiesta y de vacacion, en los cuales ora en casa ora en el campo se nos concedía tiempo libre para nuestro descanso y recreo, D. José nunca se juntaba á jugar con su hermano D. Nicolás, ni conmigo, que los acompañaba en aquellos desahogos: y si por obedecer á los Padres sus maestros, emprendía algun juego, á los cuatro ó cinco

¹ Fue natural de Aliaga en el reino de Aragon. Nació el 26 de Noviembre de 1722: entró en la Compañía el 22 de Noviembre de 1739. No consta dónde ni cuándo murió.

² *Vida*, Lib. I, Cap. I.

³ *Process. Neapol.* fol. 332.

minutos lo dejaba, é ibase á sus profesores á pedirles los libros que al campo había traído para estudiar, ó que le diesen otro cualquiera de los que ellos traían consigo para su particular entretenimiento.» Asistía á las clases con los alumnos externos, que á ellas concurrían; tomaba parte con ellos en los ejercicios literarios de la escuela, en los cuales daba muestras no menos de su tenaz memoria y de lo penetrante y agudo de su ingenio, que de su modestia y humildad interior, y de su exterior compostura.

No les pesaba á sus condiscípulos de verse sobrepujados por él; porque reconocían la superioridad de su talento, y la constancia y teson con que se aplicaba al estudio. Portóse durante este tiempo con tal cordura, y ajustóse tan escrupulosamente á todos sus deberes, que en lo tocante á sus costumbres jamás tuvo que hacerle su ayo la más mínima reconvencion, ni en sus estudios se vieron nunca los profesores en la necesidad de reprenderle. «Oí decir,» depone el H. José Grassi, «al P. José Doz, el cual había sido su compañero en el colegio de Nobles [quiere decir de Zaragoza], y era de su misma edad, que nuestro Siervo de Dios desde sus tiernos años desplegaba mucho ingenio, y que en sus costumbres parecía un ángel¹.» Y el P. Juan Antonio Grassi añade: «Recuerdo haberle oído decir á él mismo, que en la escuela, en Zaragoza, estuvo á punto de obtener la primera dignidad; pero que en la composicion de final de curso fue superado por su émulo².»

Pidió desde luégo y obtuvo ser admitido en la Congregacion de la Santísima Virgen, en la cual estaban alistados los alumnos que sobresalían entre sus compañeros por su conducta irrepreensible y su aplicacion al estudio. Con ellos asistía á la comunión mensual de costumbre, y daba materia de admiracion á todos los congregantes aquella compostura, reverencia, humildad y fervor

¹ *Process. Rom.* fol. 130.

² *Ibid.* fol. 925.

con que veían á tan noble y distinguido caballero, hijo de una familia tan principal, llegarse á la sagrada mesa á recibir el pan de los ángeles. Y no paraba tan ilustre ejemplo en solos afectos de admiracion; sino que arrastrados sus condiscipulos é iguales por una fuerza irresistible, le procuraban imitar y conformábanse con aquel vivo modelo de virtud que tenían ante sus ojos.

Excusado es decir que desde el principio los pusieron en él para elegirle por su Presidente, y por tal le nombraron en la primera ocasion que se les ofreció. Honra, que si bien mortificó la humildad y modestia del escogido para aquel puesto, no dejó de ser un poderoso estímulo para animarle á proceder con tal fervor, que lejos de perder de su buen nombre la Congregacion por la tibieza de su Presidente, se acrecentase más y más su reputacion ante los hombres, y su santidad y espiritual hermosura á los ojos de Dios y de su Madre Inmaculada.

Pondrá el sello á todos los elogios que puedan hacerse del jovencito alumno del colegio de Zaragoza, el testimonio de su mismo ayo, el P. José Moreno, el cual escribiendo de su discipulo en los cuatro años que le tuvo bajo su direccion, se expresa en estos términos: «El P. José, del cual ahora se trata, era tan dócil, que no tenía necesidad de que se le estimulase ni para la virtud ni para el estudio. Al levantarse por la mañana, luégo se postraba de hinojos ante una imágen de la Santísima Virgen, y daba gracias á su divino Hijo por los favores que hasta aquel momento le había dispensado; y le suplicaba que se dignase continuársele por todo el tiempo de su vida: y no se levantaba hasta terminar este devoto ejercicio. Otro tanto hacía por la noche, no omitiendo nunca el pedir á su maestro la bendicion ántes de ir á acostarse. Visitaba con frecuencia al Santísimo Sacramento y á los enfermos: gustaba de oír la palabra de Dios, de leer libros espirituales y vidas de Santos, y de frecuentar los Sacramentos.»

«Por lo que á los estudios toca, era para él un hábito como natural la aplicacion; y esta tan firme, que fue menester moderársela para impedir que no cayese en grave enfermedad. Su porte exterior con todo linaje de personas ya desde el tiempo

aquel parecía de hombre de maduro juicio: y hacíanle amable á todos su singular modestia, su carácter bondadoso y apacible, sus finos modales sin género de afectacion, y su amor á la verdad y á la justicia. Estando en compañía de los jovencitos, á quienes señalaba su maestro para que fuesen con él los días de vacacion á pasar el honesto desahogo que se le concedía, jamás se le notó perturbado el semblante: con breves palabras y sin la menor dificultad cortaba las diferencias que suelen surgir entre niños durante el juego, y dejaba aquietados sus ánimos. Este su amor á la paz lo fue manifestando siempre más y más en el trascurso de toda la vida; y esto en tal grado, que en las diversas ciudades de Italia, en donde adelante vivió, mereció el renombre de *Ángel de la paz.*» Hasta aquí el P. Moreno, que con mano verdaderamente maestra nos pinta de cuerpo entero á su jóven alumno Pignatelli.

Tal parecía por defuera el virtuoso José; pero todo esto exterior nacía del trabajo y violencia, con que procuraba tener á raya y sojuzgar cualquier desordenado movimiento de su espíritu. Fue tan continua y tan cruda la guerra que se hacía á sí mismo, y llegó con ella á adquirir tal dominio sobre su impetuoso corazón; que á pesar de sus pocos años, nunca sus pasiones daban señal de estar vivas; ó si alguna vez intentaban rebelarse y sacudir el freno de la razon, muy pronto las enfrenaba y las contenía, para que le estuviesen rendidas y sujetas. Increíbles casi parecen tan sólidas virtudes en edad tan temprana, y en un niño criado en medio de la opulencia del palacio, con todas las comodidades y regalos con que brinda la fortuna á la nobleza; pero los testimonios auténticos de personas fidedignas y testigos oculares de los hechos que refieren, no dejan lugar á duda; y lo que vamos ahora á referir nos explicará la causa de fenómeno tan singular en la vida de D. José.

El método de vida de los Padres del colegio llamaba poderosamente su atencion. Recordaba que su pariente San Luis, estando en la corte, había merecido oír de los labios de la soberana Reina de los Ángeles aquellas dulces palabras, con que le mandó